

Nicaragua: Hacer verdad la revolución

Más allá del dolor y la rabia

Reconocemos que nuestra primera reacción fue de dolor y rabia: la política Reagan-Bush ha logrado lo que quería; lo que no pudieron directamente con las armas de la Contra, lo consiguieron indirectamente con el cerco del hambre. Con todas las matizaciones necesarias, éste es el hecho grueso.

Con prepotencia y cinismo proclaman el triunfo de la democracia y de la libertad los que con prepotencia y cinismo estrangularon la viabilidad económica, con un ejército mercenario, con un embargo comercial, con el minado de los puertos, con operaciones encubiertas de la CIA y de la Embajada, con una constante amenaza de invasión. Los 50.000 muertos, las decenas de miles de mutilados, los proyectos abortados de educación y de salud, la miseria extrema del 70% la población, apenas son "la estrategia que se ha demostrado exitosa". ¡Qué poco duele allá arriba el dolor moreno de nuestra gente!

El estómago tiene derecho al voto y a la esperanza

Diez años de multitudes crispadas por los gritos de las madres que lloran a sus hijos muertos en el frente, diez años de jóvenes que tienen que interrumpir los estudios para cortar el café con el fusil al hombro, diez años de colas y desabastecimiento, diez años de envilecimiento progresivo de los sueldos, y diez años —¡también!— de retórica sandinista que, en su impotencia para sustituir al hijo que falta y a los frijoles que no llegan a la mesa, suena a pesadilla de la que se quiere despertar, explican demasiado la necesidad de los hijos de Israel, en su caminata por el desierto, de soñar en los ajos y cebollas de Egipto. Más bien, para la sociología electoral latinoamericana, parece un hecho relevante el que en esas condiciones los sandinistas llegaran al 41% de la votación.

En todo caso, es necesario reconocer que, en última instancia, es el pueblo el que, mayoritariamente, ha dicho que ya basta; el mismo pueblo que apoyó a los "compas", que celebró masivamente su triunfo contra Somoza, que les dio una amplia mayoría en las elecciones del 83. Ese pueblo no es el enemigo de los ideales de la revolución sandinista. Ese pueblo, que hoy prefiere el cese de la guerra a cualquier otra cosa, es hermano de ese otro pueblo, también numeroso, que sigue creyendo en el proyecto del FSLN y en sus dirigentes. Su palabra —la de todo el pueblo, que se ha expresado en opciones polarizadas— se merece respeto. Así lo ha expresado el mismo Daniel Ortega.

David sigue vivo

La revolución sandinista no ha muerto con esta derrota electoral. Pudiera quedar incluso fortalecida. Los analistas internacionales señalan que los sandinistas, aunque entreguen el gobierno, mantienen mucho poder: El nuevo Gobierno no tiene la mayoría necesaria para modificar la Constitución; la coalición gubernamental UNO — con intereses e ideologías contrapuestas, que van desde la derecha conservadora hasta tres partidos marxistas— es sumamente frágil: ninguno de los 14 partidos que la componen tiene más de cuatro diputados; mientras que los sandinistas cuentan con 38. Por otra parte, el FSLN es, con mucho, la mayor y más cohesionada fuerza política; dejan su huella en las Fuerzas Armadas, en los cuerpos de seguridad del Estado, en la burocracia estatal; y el sandinismo es la idea inspiradora de la mayoría de las organizaciones populares obreras y campesinas.

Pero su capital más importante no está en las cuotas de poder que mantienen. Está en sus logros históricos y —creemos— en su voluntad revolucionaria. Ortega pudo proclamar con orgullo, al día siguiente de su derrota:

"Nos vamos victoriosos. Porque nosotros los sandinistas nos hemos sacrificado, hemos derramado sangre y sudor, no para aferrarnos a puestos del gobierno sino para traer a Nicaragua algo que se le nega desde 1821, cuando se convirtió en una nación independiente. A Nicaragua se le negó la democracia, el desarrollo social y económico, el derecho a expresarse y organizarse, el derecho de los campesinos a poseer tierras, el derecho de los pobres a aspirar a una vida mejor... La elección pondrá a prueba la voluntad de los revolucionarios sandinistas, que nunca han querido aferrarse al poder, que nacieron pobres y estarán satisfechos con morir pobres".

Luis Herrera Campíns, nada sospechoso de incondicional de los sandinistas, reconoce: *La revolución Sandinista posee valores nacionalistas, antimperialistas, culturales, de sensibilidad social, de participación popular e independencia que deben ser conservados y perfeccionados... El pueblo vive un clima revolucionario. El nuevo gobierno no debe equivocarse al respecto, ni tampoco Estados Unidos. Nicaragua jamás ha tenido, y ahora menos, vocación de colonia**

Los sandinistas, a pesar de los escasos recursos con los que contaron, pueden presentar realizaciones significativas en educación, en cultura, en salud, en la reforma agraria, en organizaciones cooperativas. Generaron mística y capacidad de entrega. Y organización popular. En Nicaragua todo el que se mueve a nivel popular —no incluimos las movilizaciones de la coyuntura electoral— apoya el proyecto sandinista. El ser gobierno les ha dado recursos, pero también toda la odiosidad de aparecer como los responsables de los sufrimientos del pueblo. Y la odiosidad —cómo no— de las parcialidades, de las prepotencias, de los triunfalismos, de los aburguesamientos ofensivos (¡pareciera que nos escandalizan más los pecados de los sandinistas que los de los seguidores de Jesús de Nazaret!). Con las deficiencias y ambigüedades de toda condición humana, y con la fragilidad de David ante Goliat, estos diez años de gobierno sandinista han sido de indiscutible voluntad popular, de superación de tentaciones dogmáticas, de creatividad, de humildad rectificadora. Y ahora, perdiendo las elecciones, de pie ante la verdad, hasta Bush tiene que reconocer su grandeza.

La hora de la verdad

Aparte de otras contribuciones históricas que el futuro deberá reconocer a los sandinistas, no es el menor el de jugar limpio y apostar a la verdad:

"En este momento histórico —pide Ortega a sus doloridos votantes— la contribución que nosotros los sandinistas, nosotros los revolucionarios nicaragüenses, podemos hacer al pueblo nicaragüense es la garantía de un proceso electoral puro y limpio... Que este sol que sale el 26 de febrero ilumine el sendero hacia la consolidación de la democracia, de una economía mixta, de una Nicaragua libre, independiente y democrática en paz, no interferida por ninguna potencia extranjera."

Es lógico que en los sandinistas esté presente el clásico "we will come back". Y, para ello, es posible que algunos sientan la tentación —la observamos demasiado en nuestro país— de jugar al fracaso del gobierno. Los sandinistas deben renunciar a los aparentes beneficios políticos del obstruccionismo sin ver los costos para el pueblo, como lo hicieron los actuales vencedores electorales. Pero estamos seguros de que no es ésta su intención. Sería negar la verdad de su vocación popular y revolucionaria. Los signos de su actuación en esta coyuntura nos parecen muy positivos.

El objetivo del sandinismo no es el sandinismo; es el pueblo; el pueblo que se mantuvo fiel a su liderazgo y el que les retiró su confianza. El que necesita comer. El que necesita la paz. El que necesita la reconciliación de los hermanos y la reconstrucción de la economía. Sólo si en el servicio se hacen dignos de reconquistar la confianza mayoritaria podrán hacer una revolución en la verdad. Es cierto, se ha perdido una buena parte del poder político. Siempre existe la tentación de valorar en exceso el poder político como un atajo de eficacia y de querer ahorrarse el largo camino del poder social fundado en el servicio, en la escucha, en el respeto; en la organización participada. ¡Como que la humildad es la virtud más necesaria para el revolucionario! Ahí está el verdadero reto de los sandinistas para hacer verdad la revolución.

Y para los cristianos —para los de Nicaragua y para nosotros— es un momento privilegiado de discernimiento espiritual. La revolución sandinista no es "el Reino de Dios". Pero para la esperanza de los pobres de América y del mundo la revolución nicaragüense ha sido buena noticia; y para los cristianos comprometidos con los pobres la participación de los cristianos en ella ha sido una buena noticia adicional. Los cristianos nicas —también con sus tensiones, con sus ambigüedades y su pecado— han sido signo inspirador de la unidad de la fidelidad a Dios y la fidelidad al pueblo. Para la Iglesia nicaragüense, y para sus jerarcas, es el momento de echar su suerte con el pueblo y ser promotora de la justicia y de la paz, sin dejarse arrastrar a banderismos fáciles y falsas esperanzas. Ahora es el momento más exigente para hacer verdad la revolución, siguiendo el camino de hacer al pueblo sujeto de su propio destino.